

TOLLERE LIBERUM.
SOBRE EL DESEO DE SER PADRE.

Juan Gennaro (*)

“En la sombra del otro buscamos nuestra sombra;
En el cristal del otro, nuestro cristal recíproco”.
J. L. Borges

“Somos, en el sentido profundo del término, hijos del cosmos”.
Carl Sagan

“No logro ser padre”, con esta frase Claude comienza su primera entrevista. Se expresa en francés: “*j’ai du mal à être père*”, en estas pocas palabras se condensan, por un lado, la imposibilidad y el sufrimiento, y por el otro la culpabilidad, en el aspecto judicativo, todo ello entrelazado en él: “du mal”¹, junto con el compromiso de su propia imagen de hombre, de “*mâle*”². Me habla luego de su hijo de 15 años: “es más grande que yo, tiene una voz gruesa. Es violento a veces con su hermana menor (13 años) y con su madre. Yo consigo contenerlo, pero mi mujer me acusa de no sostener mi función de padre, me dice que no tengo autoridad. En realidad, cuando surge un conflicto estoy desarmado. No sé enfrentarlo. A veces, tengo la impresión de que mi palabra no pesa”.³

En la Roma antigua el ser padre estaba determinado por el deseo y la voluntad de serlo. Era hijo aquel que había sido reconocido como tal por su padre. El origen biológico no tenía un valor determinante. Este acto de reconocimiento se expresaba en un ritual: el *tollere liberum*, en el cual el padre, antes que ningún otro, tomaba al niño en sus brazos y alzándolo lo presentaba a los dioses. Este acto lo designaba como padre y era reconocido como tal desde el punto de vista jurídico. Como lo explica J. Mulliez “El *pater* es (en la Roma antigua) aquel que da la vida o la muerte. El fundamento de la paternidad reside así en la voluntad de un hombre de constituirse padre y técnicamente importan poco las razones, políticas, religiosas, sociales o económicas que lo empujan a querer ser padre. (...) El lazo biológico es por sí mismo incapaz de hacer el padre: la paternidad biológica no es más que un hecho y no un derecho (...) Es en realidad la voluntad del individuo y ella sola la que lo constituye como padre”.⁴

En nuestra época, los psicoanalistas somos llamados frecuentemente a pronunciarnos, atribuyéndonos un lugar de “supuesto saber”, sobre la cuestión de la paternidad. Una de las preguntas más candentes, más actuales, se refiere al deseo de tener hijos en sujetos que integran parejas homosexuales, lo que ha recibido el nombre, un poco simplificador en mi opinión, de homoparentalidad. Y cuando son solicitados, los psicoanalistas responden (los psicoanalistas tienen una tendencia un tanto megalómana a siempre responder, tal vez porque en su profesión callan demasiado). Sus respuestas son variadas, muchas veces opuestas y/o contradictorias, generando frecuentemente ardientes polémicas en el seno mismo de la comunidad psicoanalítica. Pero si bien es totalmente lícito que los psicoanalistas se pronuncien como ciudadanos en el debate moral de la sociedad y sus torbellinos, ¿qué es lo que específicamente nuestro saber psicoanalítico nos permite introducir en el debate social? Tal vez lo más pertinente y fructífero sería ceñirnos a lo que constituye la indagación habitual en nuestra actividad de psicoanalistas, es decir contribuir desde nuestra disciplina a desentrañar la complejidad subyacente a la formulación del deseo de paternidad, su complejo entramado inconsciente que, como veremos, toma raíces en la sexualidad infantil en sus aspectos más arcaicos. Es el sentido que quise darle al presente trabajo que, de propósito, abre una cantidad de interrogantes más que avanzar certezas.

Claude se siente, según sus palabras, desarmado, dice que su palabra no logra imponerse y sostener y sostenerse en su identidad de padre. Pero, ¿cuál es el arma de la que se siente desposeído? ¿de qué lágrima⁵, de cuál herida nos habla, de qué ausencia se trata? Continúa contando, en esta primera entrevista, que en su familia ha habido una ausencia de padre: “El padre de mi padre partió y los hijos fueron instalados en la casa de los abuelos. Mi padre no conoció a su padre, siempre tuve la idea que era alguien detestable, pero mi padre no hablaba de él. En cuanto a mí, mi padre estuvo ausente, trabajaba mucho y no sabía ocuparse de sus hijos, fui criado por mi madre y mi abuela materna; mis abuelos vivían en la casa de mis padres;” luego asocia con su propia mujer: “mi mujer es alguien muy autoritario y su padre también lo era. Una de las cosas que me atrajo en ella era justamente su carácter autoritario (también en su padre, pensé), yo me apoyaba en ella a pesar de ser nueve años menor que yo. Es ella la que me buscó siendo adolescente. Ella decidió siempre, sobre todo, las vacaciones, las mudanzas...” inmediatamente agrega: “Cuando era niño era mi abuela la que decidía, sobre todo, mi abuelo se borraba totalmente y mi padre estaba ausente”. Claude muestra un universo infantil dominado por las mujeres, un matriarcado en el que los hombres aparecen como vacíos o vaciados de deseo. Mientras Claude me habla, pienso en las imágenes del film de Federico Fellini “La ciudad de las mujeres”, en el que el protagonista caracterizado por Marcello Mastroiani se encuentra catapultado en un universo exclusivamente femenino, deslizándose, a lo largo de un interminable tobogán⁶ desde el sueño excitante y omnipotente del seductor/cazador hasta el encuentro regresivo con sus fantasmas infantiles frente a la mujer-madre narcisista y devorante.

En la literatura psicoanalítica la cuestión del deseo de procrear, el deseo de un hijo, es abordado principalmente desde su vertiente femenina. O para decirlo más precisamente, en la encrucijada específica de la conflictualidad fálica, debatiéndose entre el tener o no tener bajo la férula castratoria. En la descripción que de este deseo de procrear hace Freud, el bebé se presenta como una suerte de compensación, una transacción que permite una resolución, siempre incompleta, del complejo de Edipo en la mujer: frente a la evidencia de la castración y la imposibilidad de apropiarse del pene del padre, el hijo será una solución alternativa, ecuación simbólica, fuente de un sentimiento de completud y reparación de la vivencia de pérdida y vacío. Nos dice Freud en 1933: “Cuando la niña se vuelca hacia el padre, el deseo que la dirige hacia él es sin duda, en su origen, el deseo del pene, que la madre no le ha dado y que ahora espera obtener del padre. Sin embargo, la posición femenina se instaura sólo cuando el deseo del pene es reemplazado por el deseo de un niño, el niño ocupando entonces el lugar del pene, de acuerdo a una antigua equivalencia simbólica”.⁷ Si bien Freud admite más adelante que el deseo de tener un niño aparece mucho antes, manifestándose en la fase fálica por los juegos con muñecas, él lo atribuye a una identificación con la madre: hacer con la muñeca como la madre ha hecho con ella, transformando una posición pasiva en activa. Agrega luego que es en realidad con la aparición del deseo del pene que “el bebé/ muñeca deviene un bebé recibido del padre y a partir de allí el objetivo más fuerte deseado por las mujeres”⁸ diciendo luego que: “en el conjunto ‘bebé recibido del padre’ es muy frecuente que el acento recaiga sobre el bebé dejando al padre no acentuado”. Sin embargo, cabe preguntarnos, en esta construcción tardía de Freud, a pocos años de su muerte ¿en dónde queda el deseo sexual de la niña por su padre? de esa niña que en “Pegan a un niño” Freud describe en su deseo sexual, genital e incestuoso por el padre. ¿Es la obtención de esta compensación simbólica (bebé/pene) en la conflictualidad fálico-castrado la que permite a la mujer acceder a su plena femineidad o bien es el amante efractor, como lo afirma Jacqueline Schaeffer en su libro *El rechazo de lo femenino*,⁹ que permite la superación de la fase fálica y el acceso al goce femenino abriendo a la mujer la posibilidad de asumir la realidad de su órgano sexual femenino como fuente de placer y no como una mera ausencia? Preguntas polémicas, apasionantes, pero que nos llevan a otros desarrollos y reflexiones, en este caso, sobre la sexualidad femenina, alejadas del objetivo del presente trabajo. En cuanto al varón, Freud es más explícito: el niño desea poseer sexualmente a la madre, como lo hace su rival, el padre, y el dar un hijo a la madre se inscribe en el contexto de este deseo y de la conflictualidad edípica, aunque, como veremos luego, también aquí pueden insertarse otras hipótesis buscando dar cuenta de la dimensión de lo original o lo arcaico. Ahora bien, si en el caso de la niña el desarrollo teórico de Freud logra dar una explicación al deseo de procreación a partir de una substitución compensatoria ¿cómo explicarlo en el hombre? El deseo de un hijo en el hombre ¿existe como tal o es sólo subsidiario del deseo femenino? Dar un niño a

la mujer para satisfacerla obturando su falta y logrando por esta vía la satisfacción de su propio deseo sexual, satisfaciendo igualmente, en este segundo tiempo, el deseo edípico de dar un niño a la madre? ¿Es posible pensar igualmente que el deseo de procrear en el hombre se inscribe en una vertiente superyoica, sustentándose en la introyección de la imagen paterna dando forma al ideal del Yo: hacer un hijo como el padre, prolongar su nombre y hacerse meritorio de ocupar su lugar en la cadena de la vida? ¿No existe también una vertiente narcisística, omnipotente, resabio tal vez de la megalomanía infantil, anulando la imagen angustiante de la muerte en la prolongación del hijo como un “sí mismo”?

Pero volvamos a nuestro paciente.

Le fueron necesarios a Claude varios meses, una vez comenzado su análisis, para hablar del nacimiento de sus hijos por inseminación artificial con donante de esperma anónimo. Cuando lo hizo cometió un lapsus, diciendo IVG (interrupción voluntaria del embarazo) en lugar de IAD (Inseminación asistida con donante)¹⁰ haciéndome pensar en la fuerte ambivalencia que pudo haber sentido en la gestación de sus hijos. Continuó hablando de lo que él sentía como el “modelo burgués” en su mujer, que no admitía “defectos”. Asocia esto último con los países en donde es posible hacer una selección del esperma en función de las características del donante y dice: “se puede elegir alguien grande, fuerte, bien hecho; yo en cambio estoy lleno de defectos, tengo una escoliosis, pie plano, y mis dedos son defectuosos”,¹¹ asocia con un amigo y colega diciendo: “Se parece a mi hijo, yo a su lado parezco un niño y se diría que es él el padre de mis hijos”.

–*Se siente tal vez como un niño que no es lo suficientemente grande para hacer bebés como su padre* –le digo.

Luego de un silencio evoca una situación violenta entre su hijo y la madre y agrega: “Ella no me deja ningún espacio. ¿Qué debo hacer? ¿Debo interponerme? Mi mujer siempre ha dominado, aún en las situaciones en las que yo no estaba de acuerdo. Siempre ha hecho las cosas en mi lugar”.

–*Tal vez es de esta manera que hicieron los niños* –le digo (largo silencio).

–Mi mujer decía: “él no puede ser padre, yo voy a hacer que lo sea”,¹² sin embargo no lo hizo a mis espaldas (*dans mon dos*, en francés). Dije a mi mujer que yo no quería tener niños. Ella esperó hasta que yo estuviera listo. Mi trabajo me dio ganas de ser padre. Cuando los niños nacieron fue una gran felicidad para mí. Me sentía pleno. Pero luego no supe meterme entre mi hijo y su madre.

–*En su análisis soy yo que me encuentro detrás suyo, “en su espalda”*¹³ –le dije y pensé– ¿podría ayudarlo a sentirse padre insuflándole, como los genitores biológicos de sus hijos (que Claude imaginaba como héroes míticos, poderosos y perfectos), la substancia genitora, fértil y vitalizadora que hubiera querido recibir de su propio padre y de la que se sentía privado más allá de la potencialidad biológica fertilizadora de su propio esperma?

Para Joyce McDougall la bisexualidad psíquica y los fantasmas ligados a la escena primitiva son los organizadores más importantes de la estructura psicosexual del ser humano, se encuentran en el centro de lo que ella denomina la “sexualidad arcaica”. Para este autor los niños de ambos sexos desean poseer los órganos sexuales de ambos padres cargados de misteriosos poderes y desean también poder mantener un comercio sexual con cada uno de ellos. Nos dice: “Una de las heridas narcisísticas más escandalosa para nuestra megalomanía infantil nos es infligida por la obligación de aceptar nuestra monosexualidad biológica”.¹⁴ Esta configuración de la sexualidad infantil supone la existencia de una homosexualidad primaria en la relación de la niña o el niño con el padre o la madre de su mismo sexo. La pequeña niña desea poseer sexualmente a su madre y apropiarse de sus poderes mágicos como también ser poseída sexualmente por ella y fabricar con ella un bebé. Al mismo tiempo desearía poseer los órganos sexuales del padre y poder ocupar su lugar al lado de la madre. Para Joyce McDougall esta posición homosexual de la sexualidad arcaica no se agota en la fase fálica reemplazada por la envidia del pene, como hemos visto, sino que perdura toda la vida integrándose en la sexualidad adulta, enriqueciéndola, o bien siendo el origen de variadas perturbaciones. En cuanto al pequeño niño: “él desarrolla su propia forma de homosexualidad primaria imaginando que es la pareja sexual del padre, en general con el fantasma de incorporación oral o anal del pene paterno y transformándose él mismo en el padre tomando posesión de sus órganos genitales y sus poderes”.¹⁵

Podía inferir que en la escena transferencial Claude reproducía sus fantasmas infantiles de incorporación del pene y la potencia paterna que éste contenía, estableciendo conmigo una relación transferencial de fuerte contenido homosexual; esperando a través de esta vía “recargarse” narcisísticamente y recuperar su potencia viril. Cabe aclarar aquí, volviendo a la frase de Claude: “mi trabajo me dio ganas de ser padre”, que él se desempeñaba, en el momento de iniciar su análisis, como educador en una institución de jóvenes con problemas de comportamiento y dificultades de inserción social y laboral; había terminado la carrera de sociología pero tenía grandes dificultades en concluir su tesis de doctorado, colocándose en una posición de masivo sometimiento frente a su director de tesis e inhibiendo fuertemente su capacidad creadora. En el transcurso de un largo análisis (de casi nueve años) y en la medida en que el paciente fue elaborando su posición de sometimiento masoquista, finalizó y defendió su trabajo de tesis que cristalizó con la publicación de un libro que tuvo bastante repercusión en los círculos profesionales afines. Presentó su candidatura al puesto de Director de la institución en la que trabajaba; ésta fue aceptada, lo que mejoró su situación económica de manera consecuente y fue sintiendo, a través de estos logros que crecía su autoestima. No era difícil comprender que de manera sublimatoria Claude se afirmaba en su posición de padre-Director de los jóvenes de su institución y que con sus logros universitarios (se) demostraba, la “fertilidad” de su potencia intelectual y creativa; su libro-bebé presentado a los “dioses” de la Sorbonne, coronaban en un *tollere liberum* intelectual, este trabajo de transformación interior. Pero todo esto fue el resultado de un largo proceso, mucho tiempo después del período que estamos relatando. Volvamos entonces a él.

En esta época Claude contó una serie de sueños: “No recuerdo mucho mis sueños –dice y agrega– me viene a la mente el fragmento de un sueño reciente; yo iba en auto por una ruta sinuosa en ‘Le Gard’¹⁶ cerca de donde vivía, era el fin del día y era necesario que yo vaya a la casa de mis padres; la ruta era como seguir un itinerario... esto me hace pensar en otro sueño, un sueño extraordinario en el que me invadía un sentimiento de felicidad: era un pueblo de Provence, llegaba en auto y luego tenía que continuar a pie, llegaba a las ruinas de una vieja iglesia. Había como un pórtico que yo atravesaba y que se abría sobre un paisaje extraordinario. Me desperté pensando que ese lugar existía realmente, era como un cuento, me hace recordar una vieja abadía que visité en Camargue”.

–*Podemos pensar que su sueño representa su viaje analítico y su esperanza que éste sea un pasaje hacia una situación de mayor felicidad* –le digo.

En la siguiente sesión Claude cuenta otro sueño: “Había una línea blanca, era como una puesta a prueba en el pueblo de mi infancia; tenía que caminar sobre la línea blanca. Era como si tuviera que probar quién era yo, mi realidad y yo no conseguía hacerlo. Alguien me señalaba con el dedo y me acusaba de mentiroso, de no ser yo, de ser otro –luego asocia– nunca pensé tener problemas de identidad... cuando niño me gustaba disfrazarme; disfrazarme de héroe. Quería disfrazarme con el traje del Zorro, pero mi madre no quiso nunca comprarme el disfraz... lo que no me gusta son los pseudónimos, si alguna vez escribo algo será con mi nombre. En la realidad no me gustaría pasar por otro. No querría ser un espía o un agente secreto, alguien que tiene una actividad que encubre otra que es secreta ... recuerdo una película en la que el protagonista era un comerciante sin historias, pero en realidad era un jefe de la resistencia... pienso también en ese funcionario en Marseille que en realidad era el padrino de la *pègre*¹⁷... gente que esconde algo”.

– *Los secretos de los padres* –me escucho decirle y Claude agrega: “Mi padre hizo la guerra en Indochina, nunca habla de eso, sé sin embargo que se casó allá; hay como una vida de los padres antes de los hijos”.

– *Me está hablando seguramente de las ganas y el miedo de conocer lo que esconden los padres debajo de los disfraces* –le digo y agrega:

“Pienso que los padres hacen el amor cuando los niños duermen, se esconden como los agentes secretos”.

– *Tal vez le hubiera gustado ser como un espía y robarles sus secretos, saber por ejemplo, como hacían para fabricar los niños.*

En la siguiente sesión Claude vuelve a traer sus sueños:

“Tuve un sueño extraño –dice– tenía la boca llena de pequeños trozos de vidrio, como si fueran de

azúcar, pero no me cortaban, no había sangre. Tenía que escupirlos en un recipiente con tierra, tenía que apuntar bien. Tenía la boca llena. Me quedaban en la punta de la lengua. No imaginaba tener tantos –luego asocia– parece que no logro desembarazarme de lo que tengo en la punta de la lengua. Esto me hace pensar en una película, ‘El jorobado’¹⁸ con Jean Marais, la acción transcurre en el siglo XVII bajo el reino de Luis XIII, es una película de capa y espada ; hábiles espadachines,¹⁹ sombreros con plumas, bigotes finos y botas altas. El protagonista atravesaba una ventana de vidrio para escapar de sus enemigos. Le pregunté en ese momento a mi padre cómo hacía para no cortarse y me contestó que era un truco, que se trataba de azúcar. En realidad, comprendí más tarde que me había dicho eso para que yo no intentara hacer lo mismo.

También pienso en un personaje que adoraba: el Zorro. En la presentación de la serie se escapaba de una casa pasando a través de una ventana de vidrio, caía sobre la espalda y las nalgas sin cortarse ... es azúcar”.

– *¿Adónde pone uno su espada? ¿Corta?* –le digo, y Claude queda silencioso un momento.

“Tengo la punta como encogida. Cuando era niño me hicieron una operación, no lograba correr la piel del prepucio, fue muy doloroso –y luego de un silencio agrega– si tengo que sufrir así para penetrar una mujer no vale la pena –(silencio)– la sensación en la boca no era dolorosa (...) puedo sentir placer en mi imaginación (...) como cuando era pequeño, el sexo de mi padre me parecía enorme”.

– *Como las cosas que hacen los grandes, el Zorro, Jean Marais, yo mismo, o su padre* –le digo.

“Sí –dice después de un silencio– me gustaría poder hacer comprender a una mujer que la deseo”.

– *Difícil con los trozos de vidrio en la punta de la lengua* –agrego.

“Aprecio ver las mujeres bonitas –dice– en mi imaginación soy un héroe, estoy dominado por mi deseo, pero el que domina soy yo” –habla luego de su deseo por su cuñada y asocia de manera un poco confusa (como por otro lado toda esta parte de la sesión que pude reconstruir²⁰ con gran dificultad) con un paseo en el bosque: “Mi hija no estaba allí, estaba mi hijo, lo vi lindo, conversé con él, fue un buen momento (...) En otra época hicimos esgrima juntos, compartimos esta actividad que yo hacía con placer (...) era como hacer las mismas cosas que las películas de capa y espada (...) se trataba de prácticas antiguas”.

– *Como hacer niños* –le digo.

“Yo no puedo tener niños y los tuve igual (...) pero no estoy a la altura de los héroes”.

Esta secuencia me parece mostrar la manera en que se desarrolla el vínculo transferencial en esta primera fase del análisis, poniendo en escena los fantasmas homosexuales de su neurosis infantil. Como vimos antes, a través de sus sueños expresaba su deseo de apropiarse oralmente de mi órgano sexual idealizado lo que despertaba en él sentimientos persecutorios (escapar de los enemigos) con mucha angustia y culpa temiendo ser herido y rechazado y reclamando, al mismo tiempo, un padre protector que transforme los objetos amenazantes (trozos de vidrio) en algo inofensivo (el azúcar). En el sueño de la “puesta a prueba” de la línea blanca parecía expresar la ambivalencia de su bisexualidad infantil y su culpabilidad (ser señalado con el dedo) por haberse apropiado, de manera homosexual, de la potencia del otro idealizado (ser otro, como un agente secreto) en la figura de los donantes anónimos (secretos) cuya identidad no puede ser develada. En una sesión posterior cuando le interpreté su deseo de poseer un esperma fértil como su padre, representado en el sueño por las semillas-trozos de vidrio/azúcar escupidas en el recipiente-útero de tierra y su miedo de dañar el cuerpo de la mujer-madre-analista con su esperma defectuoso o a mí con sus palabras “en la punta de la lengua”, Claude pudo asociar con el recuerdo de la sesión de inseminación de su mujer en el que le hicieron inyectar con una jeringa, en el útero de su mujer, el líquido seminal; con la intención, seguramente, de hacerlo participar “activamente” en el acto procreador, aunque creando en él un sentimiento de usurpación, de falsedad que despertaría ansiedades paranoicas que reprodujo simbólicamente en su sueño. Pudimos también, a lo largo de las sesiones, comprender las imágenes del primer sueño que transcurre en su “tierra natal” y la iglesia en ruinas, como su deseo ambivalente de penetrar a su madre/analista como un “hábil espadachín”, reparando su interior en ruinas y transformándolo, al fertilizarlo, en un jardín maravilloso. Fue éste un período muy “fértil” en el análisis de Claude en el que pudo conectarse con recuerdos dolorosos y traumáticos de la infancia en la que había sufrido situaciones de engaño y sometimiento masoquista que

repetía en las relaciones que establecía con los otros y en su propia pareja, pero sería muy largo relatarlas aquí; sin embargo, las secuencias clínicas que relatamos, me permiten introducir la hipótesis de otra de las posibles vertientes del deseo de procrear en el hombre, en uno de sus estratos más arcaicos. Me refiero a la idea desarrollada por Sandor Ferenczi en su libro *Thalassa –psicoanálisis de los orígenes de la vida sexual*.²¹ En este libro fascinante y polémico Ferenczi intenta explicar la vida sexual humana tanto desde el punto de vista ontogenético como filogenético refiriéndose, en el primero, al deseo de retorno al vientre materno, fusión primitiva a la que Freud hace referencia en “El malestar en la cultura” en relación al célebre sentimiento oceánico de Romain Rolland, y en el segundo, que es compartido por el conjunto de las especies vivas y que se enraíza en el deseo de retorno al océano primitivo, sopa original en la que se produce una primera brecha en la que lo inorgánico bascula en sentido progrediente hacia la construcción de la materia viva. Tal vez podamos reprochar el carácter extremadamente especulativo de este trabajo de Ferenczi, que su propio autor califica en alguno de sus desarrollos de “cuento de hadas”. Sin embargo, ¿no es acaso a través de especulaciones que aspiran a una cierta verosimilitud que aun las ciencias calificadas de “duras” avanzan, mientras esperan los hechos y experiencias confirmatorios? En todo caso, los gérmenes de este libro, como lo cuenta el propio autor, nacieron en 1914 provocados por la lectura de los “Tres ensayos”. Ferenczi los expuso a Freud en 1915 y en 1919, y en ambas ocasiones éste le sugirió publicarlos. No es difícil percibir la influencia que las teorías de Ferenczi tuvieron en los desarrollos teóricos del propio Freud que culminarían en la elaboración de la denominada segunda tópica a partir de 1920. Tal vez nos sea permitido a nosotros también, tomar apoyo en algunas de estas ideas para formular algunas hipótesis en relación a nuestro trabajo.

Ferenczi concibe la actividad genital humana como dirigida por el deseo de retorno a la “beatitud intrauterina”; deseo que encuentra satisfacción en tres planos simultáneos: real, simbólico y alucinatorio. “En el plano real, sólo las células germinales participan nuevamente de la beatitud de no haber nacido todavía; el órgano genital por su parte, por su modo de actividad sólo indica esta tendencia sobre el plano simbólico; en cuanto al resto del sujeto sólo participa de esta beatitud de una manera alucinatoria, como en el sueño”.²²

Apoyándonos en tan célebre fuente, tal vez no nos parezca tan temerario avanzar la hipótesis de la existencia de una pulsión regresiva de retorno al punto de origen, a la fusión original en el útero materno, formando parte, en un estrato arcaico, del deseo de procrear en ambos sexos. En la versión masculina esto estaría determinado por el movimiento identificatorio con el hijo deseado o en gestación de una manera alucinatoria e inconsciente y marcada de una fuerte ambivalencia. Este deseo arcaico se entrelazaría con las otras vertientes que hemos ya mencionado en una suerte de *amfimixión*, para utilizar la peculiar terminología de Ferenczi. La conocida máxima: “nunca olvides que has sido el más fuerte entre millones de espermatozoides” encontraría aquí una insólita resonancia. La identificación con sus propias gametas proyectadas en el interior húmedo y cálido del vientre materno (que para Ferenczi sería también un equivalente del deseo filogenético de retorno al océano primitivo) constituiría a la vez la satisfacción del deseo de retorno original (volver a la semilla diría Alejo Carpentier) pero también el desafío de una brusca separación con esa parte de sí mismo, entregada a la mujer y capaz de generar sentimientos ambivalentes en relación a ésta. En efecto, la mujer conserva dentro de su cuerpo las preciosas gametas y en un movimiento identificatorio inicia el período simbiótico del que irá, progresivamente, todo a lo largo del embarazo, “gestando” un espacio imaginario propio a su bebé, espacio en su mundo interno que le permitirá, luego del nacimiento, “situarlo” proyectivamente, como nos lo enseña Winnicott, con su mirada y sus gestos, en el espacio real, permitiendo el pasaje de la relación simbiótica primitiva: madre/bebé a la dimensión yo/objeto (Kanner, Brusset).

En cuanto al hombre, deberá aceptar y elaborar su frustración al ser “excluido” en su fallida tentativa de “retorno”. En un movimiento identificatorio con la parte de sí mismo que sí lo ha logrado, podrá reconocer a su hijo como propio en la expectativa del “encuentro” luego del nacimiento. Encontramos en la clínica una florida sintomatología ligada a este período en el hombre que además del conocido síndrome de “couvade” (empollamiento), obedece a sentimientos ambivalentes de amor y odio dirigidos tanto hacia la mujer como

al contenido de su vientre. Algunos autores han insistido en el importante rol del hombre en producir el “corte” entre la madre y el niño en el necesario proceso de separación/individuación; esto es sin lugar a dudas cierto pero, en mi opinión, debe ser acompañado de un movimiento no menos importante de parte de la mujer que invita y “hace” un espacio para el hombre entre su bebé y ella misma, espacio que es, al mismo tiempo, un espacio proyectado en el cual ella misma “emerge” de la simbiosis. Es lo que podemos escuchar en nuestro paciente Claude cuando dice: “pero luego no supe meterme entre mi hijo y su madre”, situación agravada por el hecho de sentirse un padre “falso” o “usurpador” y creando en él fuertes sentimientos ambivalentes que Claude intentaba contrarrestar adoptando una actitud de sometimiento masoquista y de autodesprecio, sintiéndose un padre contrahecho e insuficiente.

FINALE MA NON TROPPO...

La cuestión del deseo de procrear en el hombre no parece haber ocupado, al menos hasta ahora, un lugar importante en la reflexión psicoanalítica. Las interrogaciones que surgen de las problemáticas que agitan nuestra sociedad actual, como por ejemplo el reclamo de las parejas homosexuales de tener y criar hijos, así como las nuevas incertidumbres surgidas de los avances en las técnicas de procreación asistida y las técnicas contraceptivas, introducen elementos nuevos con nuevas problemáticas en la clínica y nos incitan a nuevos esfuerzos de elaboración y reflexión teórica desde nuestra condición de psicoanalistas. En el presente trabajo he intentado mostrar lo que pienso como una determinación compleja en la que se entrelazan movimientos pulsionales y dimensiones fantasmáticas que provienen de distintos estratos de nuestro funcionamiento psíquico, siendo pertinente aquí evocar la conocida metáfora arqueológica tan apreciada por Freud, en la que coexistirían distintos niveles de determinación y de estructuración/desestructuración del deseo de tener hijos en el hombre. Sirviéndome de un ejemplo clínico he intentado abrir algunas pistas a la manera de preguntas-incipitaciones que permitan profundizar la reflexión conjunta. Espero haberlo logrado.

BIBLIOGRAFÍA

- COURNUT, J. Pourquoi les hommes ont peur des femmes. PUF, Paris, 2001.
- FERENCZI, S. Thalassa. Editions Payot & Rivages, Paris, 2002.
- FREUD, S. (1933) Nouvelle suite des leçons d'introduction à la psychanalyse. Leçon XXXIII, La feminité, Œuvres complètes, Tomo XIX, PUF, Paris.
- (1931) De la sexualité féminine. Œuvres complètes, Tomo XIX, PUF, Paris.
- (1924) Le problème économique du masochisme. Œuvres complètes, Tomo XVII, PUF, Paris.
- (1924) La disparition du complexe d'Œdipe. Œuvres complètes, Tomo XVII, PUF, Paris.
- (1925) Quelques conséquences psychiques de la différence de sexes au niveau anatomique. Œuvres complètes, Tomo XVII, PUF, Paris.
- (1923) L'organisation génitale infantile. Œuvres complètes, Tomo XVI, PUF, Paris.
- (1919) Un enfant est battu. Œuvres complètes, Tomo XV, PUF, Paris.
- GREEN, A. Les chaînes d'éros. Odile Jacob Ed., Paris, 1997.
- MCDougall, J. Eros aux mille et un visages. Gallimard, Paris, 1996. Théâtres du Je. Gallimard, Paris, 1982
- SCHAEFFER, J. Le refus du féminin. PUF, Paris, 1997.

(*) Dr. Juan Jose Gennaro. Miembro de Apdeba (MT). Médico (Universidad de Buenos Aires). Psiquiatra (Paris XII). Especialista en Psiquiatría de Niños y Adolescentes. Psicoanalista miembro de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APdeBA) y de la Sociedad Psicoanalítica de París (SPP).

Medrano 1970, 3° "C".

C1425GDH, Capital Federal. Argentina

E-mail: juan.gennaro@yahoo.com.ar

Publicado en: Revista "Psicoanálisis" de la Asociación Psicoanalítica de B. Aires, Vol. XXXIII N° 1, pp. 63-76, año 2011.

Versión electrónica: <https://www.psicoanalisisapdeba.org/wp-content/uploads/2018/05/Gennaro.pdf>

Volver a Artículos sobre Ferenczi

Volver a Newsletter 16-ALSF

Notas al final

- 1.- *Avoir du mal*: tener dificultades en hacer algo – *Avoir mal*: sufrir, tener dolor– *Le mal*: lo malo.
- 2.- *Mâle*: macho.
- 3.- *Ne porte pas* –literalmente: no lleva, no transporta. En francés la expresión: *porter un enfant*, hace alusión al embarazo.
- 4.- *Histoire des pères et de la paternité*, Larousse, Paris, 1990, pág. 28.
- 5.- En francés *l'arme* (el arma) y *larme* (lágrima) son homófonos.
- 6.- Podríamos pensar en un tobogán regresivo.
- 7.- Freud, S. (1933) *Nouvelle suite des leçons d'introduction à la psychanalyse*, Leçon XXXIII, *La feminité*, *Œuvres complètes*, Tomo XIX, pág. 211 (la traducción es mía).
- 8.- *Idem*, pág. 212.
- 9.- Ferenczi hablará del “ataque sangriento”.
- 10.- IVG (*Interruption volontaire de grossesse*) y IAD (*Insémination assistée avec donneur*).
- 11.- El paciente tiene una agenesia de la segunda falange en el dedo índice de las dos manos.
- 12.- 12 El apellido del paciente permite un juego de palabras en el que la palabra “padre” está contenida.
- 13.- En francés “être derrière” tiene también el sentido de ayudar.
- 14.- McDougall, Joyce, *Eros aux mille et un visages*, Gallimard, Paris, 1996, pág. 12.
- 15.- *Idem*, pág. 13.
- 16.- Región del sur de Francia de donde es originario el paciente.
- 17.- Mafia local.
- 18.- “Le bossu”. Film francés de André Hunebelle (1960) basado en la novela por entregas de Paul Féval (1858).
- 19.- *Fines épées* (espadas finas, literalmente en francés).
- 20.- En el momento de escribir este trabajo, me dí cuenta que había cometido un lapsus escribiendo: *reproducir*.
- 21.- S. Ferenczi *Thalassa, Psychanalyse des origines de la vie sexuelle*, Payot & Rivages, Paris, 2002.
- 22.- S. Ferenczi *Thalassa*, Editions Payot & Rivages, Paris, 2002, pág. 29.